

La huella humana

Hace un par de meses la Universidad Javeriana publicó un libro monumental del maestro Ernesto Guhl Nannetti: se llama *Antropoceno: la huella humana* y es a la vez una historia ecológica del planeta Tierra y una profunda reflexión sobre el futuro que le espera en manos de su habitante más capaz y creativo, sin duda, pero también el más negligente y devastador: el ser humano, nosotros.

No es un libro apocalíptico ni sermonero, para nada, sino más bien el resumen de toda una vida dedicada a entender la naturaleza como una invitación a la armonía, la curiosidad, el bienestar y la generosidad. Hay en el tono y en las ideas de Ernesto Guhl esa calidez y esa profundidad que solo dan los años y la sabiduría verdadera, esa calma y esa indulgencia del que vino al mundo a cuidarlo y a quererlo.

Un amigo tiene el mejor patrón de medición que pueda haber para hablar de la calidad los libros: se trata del 'arboricidiómetro', el cálculo aproximado y absurdo de los árboles que se talaron para producir tal o cual título. No es un valor exacto ni real, claro que no, sino una declaración de principios, una exclamación moral y estética. Si el libro es bueno, mi amigo agradece esos árboles segados; si no, los lamenta en el alma.

Parece una ironía aplicarle el arboricidiómetro a este gran libro de Ernesto Guhl, y sin embargo se lo merece por su rigor, su seriedad, su pertinencia y su calidad. Ade-



Barataria

Juan Esteban Constain

más porque es un libro científico y técnico, por supuesto que sí, el de un experto reconocido por ello en todo el mundo, pero escrito con la intención de que muchos lectores, aun los que somos ignorantes en la materia, podamos beneficiarnos de sus luces y sus claves.

Suele ocurrir que después de las grandes crisis aparezcan también los grandes libros, como si hubiera en ellos, y sí que lo hay, un consuelo, un refugio, un paliativo. Por eso no me parece gratuito el hecho de que el libro del profesor Guhl se publique justo después de una pandemia y cuando los testimonios del desastre ecológico de nuestro planeta son cada vez más evidentes y aterradores.

Pero también me parece relevante señalar una especie de 'calidad moral' de este libro más allá de sus enormes méritos intelectuales y científicos, y en realidad ese es el tema de esta columna. Me refiero a lo importante y urgente que resulta que alguien que sí tiene algo trascendental que decir lo diga y lo diga así de bien, con auto-

ridad, con lucidez, con un conocimiento de lo que habla a la vez apabullante y conmovedor.

Porque estamos viviendo en la 'era de Forrest Gump', como la llama mi amigo el del arboricidiómetro, que, ya ven ustedes, es un genio para acuñar frases y expresiones. Según él, hoy cualquiera se para a decir lo que sea, pero lo que sea, y cuando mira hacia atrás, como Forrest Gump, tiene un millón de personas que aplauden y celebran sus ocurrencias, tanto más populares y 'compartidas' cuanto más necias y delirantes resulten.

Ese es el signo de nuestro tiempo: una de las principales consecuencias de esta revolución digital que nos tocó en suerte y que ofrece sobre todo eso: la desacralización y la desjerarquización de las viejas instituciones de la cultura con sus pontífices y sus oráculos; la posibilidad de un diálogo y un debate, en la esfera de lo público, mucho más anárquico, si se quiere, pero también mucho más rico y plural aunque no exento de infamia y de bajeza.

Es lo uno por lo otro, claro, porque se acabó el monopolio de la verdad y aun de la opinión, y esa es una gran conquista democrática. Pero al mismo tiempo se ha dado ese fenómeno casi totalitario de quienes lideran una turba desde el vacío y la ignorancia.

Por eso también celebro el libro de Ernesto Guhl Nannetti: porque en él hay tanto oxígeno como en un árbol.